



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XVIII Domingo durante el año
31- VII- 2011

Textos:

Is.: 55, 1-3.

Rom.: 8, 35. 37-39.

Mt.: 14, 13-21.

“Jesús vio una gran muchedumbre y compadeciéndose de ella, sanó a los enfermos”.

El tema central de la celebración de la Palabra, es el amor de Dios. Isaías nos recuerda que si amamos a Dios, Él establece con nosotros una alianza eterna. El evangelista Mateo nos narra como la muchedumbre, entusiasmada por Jesús, lo sigue y es recompensada por Él, recompensada con la curación de sus enfermos y con la multiplicación de los panes.

Todos somos parte de esa *gran muchedumbre*, que peregrinamos en un mundo que suele ser *un lugar desierto* en el que ante los desafíos que esta cultura nos presenta para el anuncio del Evangelio, se manifiesta nuestra fragilidad, nuestra impotencia, prefigurada, en el relato evangélico, por lo poco que la muchedumbre tenía: *no tenían más que cinco panes y dos pecados*. Y es esta vulnerabilidad del pueblo lo que llena de compasión al Señor, no lo lleva a un cálculo prudente de nuestras posibilidades limitadas, tal como lo sugieren los apóstoles, sino que los urge a la confianza sin límites, a la generosidad y al derroche evangélico, como ocurrió en la escena de la multiplicación de los panes.

Ante el desafío de dar de comer a la multitud, con sólo cinco panes y dos pescados, los apóstoles experimentan impotencia. La solución que proponen es la de librarse de la muchedumbre y le dicen a Jesús: *despide a la multitud*, a lo que el Señor retruca inmediatamente con su: *...denles de comer ustedes mismos*.

De esta manera el Señor invita a sus discípulos a la audacia y al coraje apostólico, que se alimenta de la confianza y certeza inquebrantable de que Dios está con nosotros, que da a los testigos de Su Hijo la seguridad de que *nada los puede separar de Su amor* (Rom. 8, 38).

Este coraje y audacia, que muchas veces nos falta, debemos pedirla a Dios para no quedar rehenes de nuestras mezquinas comodidades y seguridades humanas.

Hermanos, los desafíos pueden paralizarnos, y la parálisis en la vida apostólica nos enferma el alma, nos hace olvidar que hemos sido elegidos, que somos portadores de promesas, que estamos marcados por una alianza divina. La parálisis nos priva de la sorpresa del encuentro, nos impide abrirnos a la “Buena Nueva” (Cfr. Mons. Bergoglio, Homilía, Vigilia Pascual, 2003).

Este pan multiplicado es el anuncio de otro Pan, del “*Pan de vida* que restaura las fuerzas y pacifica el corazón,...es el *Pan del encuentro*. Pero a su vez es *Pan de la esperanza*, *Pan partido* que hace la comunión, crea fraternidad. Pan que enciende el fervor del corazón y nos da la audacia y el coraje para la misión; Pan *ancla* que tironea el corazón hacia el cielo y despierta el hambre de Dios” (Cfr. Mons. Bergoglio. Hom. Corpus Christi, 2006). De esta manera Jesús transforma en Eucaristía la solidaridad.

Los textos sagrados que hemos proclamado, nos hablan de la gratuidad del amor de Dios, especialmente en el pasaje del profeta Isaías. En este mundo, donde todo se compra y se vende, Jesús nos introduce en un mundo donde rigen otros parámetros, Él nos enseña a conjugar la vida con otro verbo: dar y darse.

La Iglesia nos enseña que la gracia significa tener parte en Dios, *vengan a mí...*, pero viniendo de Él la posibilidad misma de poseerlo; significa un continuo recibirse de su amor. Esta “gracia es finalmente, todo lo que dicha relación obra en el hombre: la iluminación de la mente, la ordenación y robustecimiento de la voluntad en el bien, la vida interior de amor y de contacto con Dios, la santidad de vida; en una palabra, el renacimiento del hombre nuevo del que habla San Pablo, con tanta insistencia” (R. Guardini. *Libertad, Gracia y Destino*).

Debemos recuperar el sentido de la gracia; no somos nosotros, con nuestras ideas, nuestros planes y estrategias lo que nos impulsa a actuar, es Dios quien suscita en nosotros la voluntad de actuar, de emprender el camino de la evangelización. “Es Dios quien llama a quien se digna llamar y convertir en fiel a quien quiera” (S. Ambrosio, *Expositio in Evangelium Lucas 7,27*).

Recordemos las palabras de Jesús: *Sin mí no pueden hacer nada.*

“Dirijamos al que hizo estas cosas, - dice San Agustín - Él que es el *pan bajado del cielo* (Jn. 6, 41); pero un pan que repara y no disminuye; un pan que puede alimentar y que no puede terminarse” (S. 130, 1-2); y que nos confirma en la certeza que tenía San Pablo, de que nada ni nadie, nos puede separar del amor de Dios; sólo una cosa puede separarnos de ese infinito, fiel y gratuito Amor: nuestra infidelidad.

Amén

G. in D.